

CAPITULO I

Tumeremo, En el dialecto de los indios Guáyanos, Significa: **Culebra Pintada**, fue el último pueblo fundado por los Capuchinos Catalanes. Inicialmente los capuchinos fundaron un hato para la cría de ganado que llevaba por nombre: **Villa de Españoles**, luego en el mismo sitio, conformación el pueblo que fue bautizado con el nombre de **Tumeremo**, el 26 de Enero de 1788.

El 25 de Octubre de 1790 Fray Mariano de Perafita informa oficialmente la fundación del pueblo, erigiendo una capilla a la "Virgen María", bajo la advocación de "**Nuestra Señora de Belén**", misión que estuvo poblada por indios guáyanos, alrededor de unos 400 habitantes, que vivían de la pesca, la cacería y la agricultura.

Para el año 1816, los Capuchinos de otras Misiones buscan refugio en Tumeremo, huyendo de los constantes ataques durante la guerra de Independencia, así como de otros pueblos de la región del Yuruari, erigiéndose como uno de los pueblos más importantes en la zona de Guayana, tanto así que suministraba provisiones al General Manuel Piar, en su lucha por la emancipación.

Tumeremo vivió en el comienzo del Siglo pasado su época florida por el privilegio que le daba el balatá y el oro. En esa época circulaba diversas monedas de oro como el Doblón español, los Luises Franceses, las Morocotas Americanas y algunos Pachanos. Poco se conocían las monedas de plata y aún menos los billetes.



el 28 de junio de 1889 se clausuró definitivamente la Casa de la Moneda de Caracas, era la compañía francesa **La Monnaie**, que finalizó sus labores después de una última acuñación de 6.200 pachanos, cuyo oro había sido remitido por la **C.A. Minera Nacional El Callao**.

El balatá era el producto, extraído de un árbol conocido como el purgo. El látex obtenido era vendido, en los almacenes que se dedicaban comercializar este producto, solicitado para la fabricación de goma y cauchos. Como la: *The Balatá Company*, de Juan Manuel Sucre y Carlos Miguel Rosales, y otras compañías.



Otros comercios de la época fueron la ***Tacita de Plata***, donde despachaban el Anís Rassi. Estaban el comercio de Francisco Bucarelli, el de Armando González especializado en la compra de papelón y café, el de Lorenzo Salvatori, que entre otros víveres despachaba dulces especialmente cambur y el merey ***“pasao”***; y su aguardiente de fabricación propia llamado ***“Curuba”***

El látex llamado balata, el oro, los diamantes y la sarrapia, salían de Tumeremo, por la ruta el ***Correo del Oro*** que llegaba a San Félix, para embarcarlos en vapores que se dirigían a Europa y a las Antillas. Cuando El Callao, comenzó la actividad de sus famosas canteras auríferas, ya Tumeremo tenía en plena producción sus minas de Sor Teresita, Botanamo y Guarampin.



Años más tarde cuando entró la producción diamantífera, en los conocidos "placeres" de la Gran Sabana, Tumeremo, fue el centro de concentración de todas las personas, mineros y comerciantes que debían desplazarse hacia los diversos centros productores de diamantes, dándole un auge importante al comercio y a la población en general.

Terminada la segunda guerra mundial, la explotación del balata disminuyó, por la aparición de los productos sintéticos, el agotamiento de los placeres diamantíferos y la disminución en el precio del oro, hizo que mucha gente que había venido a Tumeremo atraída por esas actividades, e inclusive los habitantes autóctonos, emigraron hacia otros destinos, unos a los campos petrolíferos y otros hacia las grandes ciudades.

Durante este periodo de intensa actividad comercial y la presencia de gran cantidad de mineros, guardias nacionales, permitió el floreció de la profesión más antigua, de manera que están registrados en este periodo: 22 burdeles, de donde

destacan el llamado: “La Tres Rosas”, el “Puñado de Rosas” regentado por José Figarella, “El Convento” que estaba situado en el centro de la pista de carrera del Hipódromo.

Las primeras carreras de caballos organizadas como espectáculo en Venezuela, se realizaron en la región guayanesa durante el siglo XIX con caballos criollos de trabajo o de media sangre.

En 1876 se inaugura en El Callao, una pista de carreras de caballos, considerada como el **primer hipódromo venezolano**, iniciativa del empresario minero Antonio Liccioni, con el fin de proporcionar una distracción a los trabajadores. Luego se instalaron nuevas pistas de carreras en Guasipati, **Tumeremo** y Upata.

Capítulo II

La Llegada de los Salvatori

Nuestro padre tomó la decisión de enviarnos con unos primos a Venezuela, para evitar que nosotros participáramos en una vendetta que se había desarrollado entre los caporales del Puerto de Porto y el de Partinello, en Corcega. Les había enviado un correo a los primos Figarella que vivían en Tumeremo (Venezuela), la respuesta tardó dos meses en llegar.



Para ese momento tenía 18 años (1895), un año menos Nuncio y Domingo doce. Toda la tarde fue para la explicación que nos daba mi padre, especialmente a mí que era el mayor. Se van de viaje a Venezuela en un pueblo donde se encuentran unos primos, deben permanecer juntos y Uds. le deben hacer caso a Lorenzo, que ahora es como su padre. Llegarán a Ciudad Bolívar, ahí los estarán esperando los primos Figarella, que los llevarán a Tumeremo, ahí los esperaran, nosotros iremos después. Mi madre nos había hecho unas pequeñas bolsas de tela, con un cordel

para el cuello en donde se encontraba la identificación de cada uno, el permiso de viaje y la dirección en donde iríamos, esto debe permanecer con Uds.

no sé cuántas veces mi madre me abrazó o me besó, ni cuantas veces me dijo que me quería y que me cuidara. Mi padre me entregó una pequeña petaca de cuero con unas monedas y me dijo ten cuidado con esto, espero que lo administres bien. Creo que era todo lo que tenían. Pero ¿seguro que luego vendrán? ¡Seguro! En el almuerzo mi madre nos preparó un “civet de jabalí”, también había “chanfaina”, “botarga” y de postre teníamos “brocain” y las famosas “île flottante”, nos acompañó Don Pascualle, el caporal de Partinello, nuestro pueblo natal.

En la noche fuimos hasta la playa y ahí nos esperaba un pequeño bote.

Embarcamos con rumbo a Marsella, donde tomaríamos un buque mercante de la compañía Compagnie Francaise de Navigation á Vapeur Cyprien Fabre & Cie. El buque estaba abarrotado de pasajeros, teníamos un camarote para los tres con una litera, la mayor parte del tiempo lo pasábamos en la cubierta, el barco hizo muchas paradas en puertos del Mediterráneo, recogía más y más pasajeros, parecía que no entrarían, muchos dormían sobre la cubierta, pasamos cinco días de viaje y atracamos en Puerto España en Trinidad, aquí permanecemos todo el día, desembarcaron pasajeros y mucha de la carga. Uno de los oficiales se nos acercó y nos dijo que debíamos desembarcar y trasladarnos a otro buque de menos calado, ya que tenía que ingresar al río Orinoco para poder llegar a Ciudad Bolívar. Tomamos nuestras pertenencias y bajamos, en medio de la confusión de la gente, Domingo se nos separó, lo buscamos por todo el puerto sin resultado, hable con el capitán del barco de cabotaje, para ver si nos podía esperar mientras buscamos al niño, los oficiales del barco nos ayudaron en la búsqueda, pero fue infructuosa. El capitán me dijo: debemos partir para poder aprovechar la marea que permitía el paso por el Delta del Orinoco. No sabía qué hacer si quedarnos o irnos, le pregunté cuando habría otro barco que fuese a Ciudad Bolívar, me dijo que en tres días, así que decidimos quedarnos para seguir buscando, le pedí que le informara a mi primo que nos estaría esperando, le di una nota para Napoleón (mi primo);

fueron tres días difíciles, no nos alejamos mucho en la ciudad, dormimos en el puerto por turnos, pero era difícil comunicarnos, ya que no encontramos nadie que hablara francés, pero Domingo no apareció, se había perdido o se lo habían robado. Al tercer día llegó el otro barco, hablé con el capitán que casualmente era de origen corso, me dijo que nos estaban esperando. Decidí continuar con el viaje, que más nos quedaba.

Al llegar a Ciudad Bolívar, nos estaba esperando Napoleón Figarella, un primo de más o menos unos 20 años. Nos preguntó: ¿y el más pequeño?, se perdió en Trinidad. Estábamos solos, los padres lejos y se nos había perdido un hermano. Sin más partimos en una carreta tirada por caballos, esperamos como dos horas a la chalana en el paso del Caruachi, luego seguimos hasta Upata y nos quedamos en la casa de unos paisanos, que nos recibieron con mucho cariño, esa noche nos ofrecieron unos chinchorros, artilugio que usaban para dormir, por supuesto no pudimos hacerlo.

Antes de partir nos dieron un desayuno y ¡que sorpresa! , nos dieron unas tortas blancas calientes que llamaban arepas, no me gustaron, pero me la comí

por pena y un revoltillo de huevos que llamaban perico. Me hacía falta el pan que hacía mamá.

Al llegar a Tumeremo, nos alojamos con los Figarella, tenían una casa grande, con un patio interno y un gran patio trasero inclinado que terminaba en una quebrada, el calor era insoportable, nos sentamos bajo una mata de “mango” donde mejoraba la temperatura. Napoleón nos presentó a su padre, un señor mayor, quien era el primo de mi padre, que también se llamaba Napoleón y el que había planificado cual sería nuestra suerte.

Le dije cuanto era lo que traía de dinero y se lo mostré, había varios luises de oro y otras monedas de plata, con eso podrán comprar una casa y sobra. Al día siguiente fuimos a ver una casa frente a una plaza que estaba a la venta, sin más la compré de acuerdo a lo que me dijo Napoleón, fuimos a la jefatura donde un escribiente hizo el documento de compra.

Nos inscribimos en el colegio para poder aprender el español, nos daba un poco de pena ya que éramos los mayores, todos nos llamaban “musiu”, aprendimos poco, pero lo suficiente para defendernos.

Con los Figarella, fuimos a la hacienda que éstos tenían en los alrededores del pueblo y ayudábamos con el trabajo. Por instrucciones de Napoleón el padre, decidimos montar una bodega que nos ayudara con los gastos, en el salón frontal de la casa; nos presentaron a un corso que era el que se encargaba de traer la mercancía de la capital del estado al pueblo, de apellido Garibaldi.

Acompañamos en varias oportunidades a Napoleón a buscar oro en la riberas de los ríos, donde se podían encontrar “**cochanos**” y en la recolección del látex del árbol de “balatá”, era un trabajo muy rudo, porque teníamos que recoger la resina que drenaba de las escarificaciones que se le habían hecho a los árboles de balatá, tomar el recipiente y aplicarlo sobre una vara que se había colocado entre dos horquetas, se giraba la vara y se echaba el látex poco a poco, hasta formar un ovillo de unos 20 kilos de peso, que luego había que transportarlo entre dos portadores hasta una carreta situada a cierta distancia. Sin lugar a duda era un trabajo extenuante, bajo unas temperaturas muy altas y con mucha humedad. También recogíamos unas semillas de un árbol de sarrapia, que se vendían a buen precio, a una compañía (American Tobacco Company) que periódicamente venía al pueblo para comprar las semillas, que usaban para perfumar los cigarrillos (Lucky Strike).

Hicimos el mostrador y los estantes, donde vendíamos de todo un poco, pero principalmente: café, azúcar, papelón, tabaco en rama y queso. Tenía que competir con el almacén “La Tacita de Plata” de Francisco Bucarelli.

En la parte de atrás estaban las habitaciones y el fogón, en el patio trasero sembré cambures que me dio el primo. Que diferentes son las matas que aquí se dan, en comparación con mi pueblo, es decir con mi antiguo pueblo, (matas de olivo, morera, maquis y castaños) porque ahora éste era el mío.

Fui ahorrando y logré comprar unas bienhechurías en unas tierras (una legua), que se llamaba “El Caiguao”, donde compré a crédito unos animales para la cría, quedaba a una hora del pueblo, a caballo, a orillas del río Pariche. Todo lo que compraba era a medias con mi hermano Nuncio. Tenía un caney que estaba en ruinas, donde encontré un alambique, que estaba roto, lo reparé y aprendí a

preparar el ron a partir de la caña de azúcar, según la técnica que me enseñó el negro Michael, natural de Trinidad que apenas hablaba español, que vivía en el Callao y se dedicaba a la minería. La producción la embotellaba y la vendía en la bodega, especialmente a los indios de la región (Kariñas), que les gustaba más que el “Cachire” que ellos preparaban, lo apreciaban más. Esta bebida competía con otra bebida preparada por un paisano llamado: “anís Rassi”, el cual tenía hasta etiqueta, así que decidí, ponerle etiquetas al mío y lo llame: “Ron Curuba”.



Siempre recordaba para que no se me olvidasen las cosas que hacíamos en Partinello y las comentaba con mi hermano, para no olvidar nuestro origen: las playas de Caspiu, la Playa D`Osani en la Costa del Infierno y el Monte Cinto e incluso las comidas. Lo que más recordaba fue cuando nos llevaron a la “Fiesta de la Aceituna en Santa Lucia de Tallano”, donde las muchachas del pueblo bailaban la “Danza Moresca”; usando cascabeles en los pies y luego los hombres representaban la batalla entre los cristianos y los moros.

Margarita, una dama de origen indígena, solía comprar en mi bodega, un día me dijo que si podía contratar a su hija mayor, para que me ayudara en las labores del hogar y atendiera la bodega, que no quería tenerla en la casa, porque había huido de casa de su padre y ella estaba ahora casada con el Sr. Ferrer.

Se llamaba Mariana, de baja estatura, con facciones aindiada, pero bonita, con pelo largo que le llegaba a la cintura, no tendría más de catorce años, era tan pequeña que creo que me llegaba al ombligo, yo media cerca de dos metros y tenía 21 años. Comenzó a trabajar en las labores de la casa, el dinero que le pagaba se lo entregaba directamente a su madre, ella solo recibía los alimentos que le dábamos, dormía en el cuarto trasero. No sabía leer ni escribir, de manera que la inscribí en la escuela, hacia sus labores en las mañanas y en las tardes asistía a la escuela. Sabía cocinar bien, pero muy elemental, hacia un palo a pique de primera, y sobre todo una sopa que llamaba “picadillo” que la hacía con tasajo de res, picado en cuadritos y verduras picadas en igual forma, le fui enseñando a preparar algunos otros platos, como la menestra, chanfaina y las islas flotantes, las cuales terminó de hacerlas como las de mi mamá.



Mariana fue una bendición para mí, no solo se ocupaba de las cosas de la casa, también nos ayudaba en la bodega y podíamos dejarla atendiendo el negocio y ocuparnos de otras labores. Pilaba el maíz, para hacer arepas, que ahora si me gustaban, sobre todo cuando las rellenaba con queso, le gustaba hacer cambures y mereyes “pasao”: se toman los cambures que ya no se pueden vender, porque están muy maduros, los pelaba y los colocaba en una lámina de cinc al sol y les colocaba un poco de azúcar o papelón “rayao”, y les colocaba una tela de mosquitero para evitar que las moscas se le pararan, se ponían un poco secos y muy oscuros pero muy sabrosos, igual se hacía con la fruta del merey, se vendían bien y siempre preguntaban por ellos. Los clientes traían los recipientes donde se colocaban los pedidos, fue una bendición cuando comenzaron a llegar las bolsas de papel y sobre todo el papel parafinado, ya que podíamos despachar con más comodidad los cambures, los mereyes “pasao” y la manteca de cochino que venía en latas y nosotros la vendíamos detallada; antes de éstos solo teníamos papel de estraza.



Cuando la llevábamos a la hacienda, tomaba las semillas del merey, las metía en un caldero negro mezcladoras con arena, se colocaba el caldero en tres topias, así se quemaba la cutícula que recubre la semilla, la cual despiden un humo muy tóxico, al estar negras, las sacaba de la arena dejaba enfriar y las golpeaba suavemente en el pilón y salía la semilla, blanca con algunos puntos de quemado, muy sabrosas, que además se vendían en la bodega. El arroz era un problema porque con frecuencia le caía gorgojos, yo pensaba en botarlo, pero Marianita, lo tomaba, lo esparcía sobre las láminas de cinc y lo ponía a tomar sol, los gorgojos huían y nuevamente se ponía a la venta, si se había picado mucho, ella lo ponía a la venta como alimento para las gallinas. Cuando cumplí los 22 años le dije a Nuncio, tenemos lo suficiente para ir a Córcega a buscar a nuestros padres. Fuimos a Ciudad Bolívar y tomamos un barco, que nos llevó a Puerto España, donde permanecimos unos días, esperando la llegada del barco que nos llevaría a Marsella. Llegamos a la pensión María Do-

lores, caminamos por la ciudad, buscando sin saber que buscar, queríamos encontrar a nuestro hermano perdido. Nos montamos en un barco de bandera Española llamado "Alfonso XIII" que hizo escala en Barcelona y luego en Marsella, donde tomamos un pequeño barco de cabotaje que nos llevó a Puerto de Porto. Contratamos una carreta que nos llevó a Partinello, parecía un pueblo fantasma, tocamos la puerta de la casa, abrió la puerta Catalina, parecía que había visto unos muertos, no sabía qué hacer, la abracé, salió nuestro padre que era menos efusivo y nos dijo: ¡Hola como están! Como si solo había pasado dos días. Mamá no sabía qué hacer, caminaba, nos ofrecía de todo. Les dije hemos venido a buscarlos, ya tenemos donde vivir.

Descansamos en nuestros cuartos que estaban como los habíamos dejado, Catalina lloró desconsolada cuando se nombró a Domingo.

Las comidas eran para no olvidarlas, caminamos con mi viejo y nos dijo: me alegro de verlos, pero no estamos en condiciones de acompañarlos, Catalina está enferma, el médico viene semanalmente, la ausculta y le entrega sus medicinas y yo estoy muy viejo para hacer esa travesía, nosotros nos quedamos, aquí tenemos como sobrevivir, no hubo forma de convencerlo, era una decisión tomada y firme.

Don Pascualle había sido asesinado y la vendetta se calmó.

Después de acompañarlos durante un mes, nos tomamos una foto para el recuerdo, contratamos al fotógrafo de Porto para este fin.



El viaje de regreso fue más engorroso, había dificultades para hacer el viaje, ya que no encontramos barcos que viajaran para Trinidad, así que tomamos un barco que nos llevó a la Guaira y de ahí otro barco que se paró en cuanto puerto existía en la costa, hasta que llegó a Ciudad Bolívar. Por primera vez vimos un carro de motor en ésta ciudad, le dije a Nuncio: tenemos que reunir para comprar algo así.

De regreso al pueblo, revisé lo de la bodega y todo estaba en regla.

Al año del regreso de la visita, recibí una carta donde mi padre me participaba la

muerte de mi madre. Debió sufrir mucho porque a los pocos meses recibí otra carta de un primo que me informaba de la muerte de mi padre.

Conocí en la bodega al odontólogo del pueblo, llamado **Matías Carrasco**, con el cual entable una buena amistad, era natural de Guasipati y se había graduado en la primera promoción de odontólogos en la universidad de Caracas.

Con alguna frecuencia viajábamos al Caiguao, donde me explicaba que estaba tratando de hacer una máquina para conservar la carne inyectándole con una agujas, salmuera, de manera que la carne no se secase tanto y sustituir el tasajo. Yo por mi parte le mostraba como hacíamos en Europa para conservar la carne de cochino, una vez que el matarife terminaba su operación, lo despresábamos y lo metíamos en un barril con salmuera, además entre capa y capa echábamos sal en grano, se comprimía para sacar la mayor cantidad de aire posible y lo cerrábamos herméticamente, de ésta forma se mantenía por varios meses; al destaparlo sacábamos las presas que queríamos preparar y cerrábamos de nuevo, ya no era necesario tenerlo hermético, de ésta manera teníamos carne para todo el año, igual técnica se usa con los peces.



Además lo consultaba cuando tenía algún problema con los dientes, de manera que ya me había colocado algunos empastes de oro. Napoleón era el ayudante del odontólogo y al poco tiempo monto tienda aparte y se anunciaba como odontólogo práctico, atendiendo la clientela que no podía atender Matías y más barato.

Tenía problema con los gatos que había en el “Caiguao”, ya que se ingeniaban para comerse el queso de cincho que yo preparaba, de manera que preparé una trampa, hice unos quesos con mucha sal y encerré a los gatos con esos quesos salados, durante una semana, de manera que el único alimento que tenían era el queso salado, cuando los liberé, salieron corriendo a tomar agua. A partir del encierro cuando los gatos veían el queso se engrinchaban y huían despavoridos. ¡Santo remedio!

En otras oportunidades viajábamos a la hacienda “las Elisás” que pertenecía a Matías Carrasco, teníamos que pasar el río Guasan y sobre todo el río Chinai,

que cuando crecía no permitía el paso, allí me mostró la máquina que estaba preparando para conservar la carne y que pensaba en patentarla.

Capítulo III

Se casan los Salvatori

Nuncio se casó con una señorita de la sociedad de Tumeremo, y tuvieron 5 hijos, el mayor llamado igual que su padre: Nuncio, le decíamos Nuncito que además eran los ojos de Marianita, lo tenía consentido, luego nació Águeda, María, Humberto y Domingo.

Con el paso del tiempo me fui enamorando de Mariana, me contaba cómo era la vida en su casa, ella era el producto de una relación entre Margarita y Martín Jara, además de ella parió otra niña que llamó Delfina.

Martín Jara abandona a Margarita y se casa con Sofía Girón de cuya unión nacieron 6 mujeres (Sofía, Heraclea, María, Josefita, María del Rosario y Magdalena. Martín se llevó las dos hijas que tuvo con Margarita, que pasaron a ser las sirvientas de la casa y de sus nuevas hermanas, si algo salía mal, las castigaban amarrándolas desnudas y las torturaban quemándolas con la esperma de las velas. Marianita se escapaba de casa de Martín y Sofía y por eso la castigaban de nuevo, y esto se repitió varias veces, razón por lo cual Martín regresa a sus hijas naturales a Margarita y esta su vez contrata a Mariana en la bodega de Lorenzo Salvatori. Y Delfina se casó con Napoleón Figarella y tuvieron un hijo con el mismo nombre que terminó siendo dentista práctico.

Cuando decidimos vivir junto se lo participé a su madre y ya no le pagué más, Margarita protestó y yo le dije: ella es mi mujer y no le voy a pagar más, ella tiene conmigo lo que necesita. Y de una cosa pasamos a la otra y quedó embarazada, a los nueve meses parió un varón que le pusimos por nombre: José. Al año siguiente nos nació nuestro segundo hijo, otro varón que lo llamamos Julio.

La vida continuaba, los hijos crecían. Todas las tardes nos sentábamos debajo de una mata de mango a pasar el calor, me gustaba tomarme unos tragos de ron. Las gallinas correteaban en el patio, buscando alimento. Marianita, le decía: parece mentira pero en mi pueblo le colocábamos una mochila en el “derrière” a cada gallina para que los huevos no se cayeran por los barrancos, ella se reía de solo imaginar a cada gallina con su moral a cuestas.

En 1918, al terminar la Primera Guerra Mundial, Francia recuperó las provincias de Alsacia y Lorena. Dos años después (1920) Marianita parió mi primera hija, por esta razón decidí ponerle esos nombres a ella, Alsacia Lorena, era muy blanca y pelirroja. Escogimos como padrinos para el bautizo a María del Rosario y a su esposo Matías Carrasco.

Mariana tenía buen carácter, pero cuando se enojaba se le salía el indio, para tranquilizarla yo la cargaba sobre mis hombros, le sobaba la cabeza y le cantaba una canción de cuna que mi mamá nos cantaba:

Ah! Vous dirai-je maman

Ce qui cause mon tourment?

Papa veut que je raisonne

Comme une grande personne.

Moi je dis que les bonbons

Valent mieux que la raison

Terminaba riendo y así de le pasaba la rabia.

Comencé a sentirme mal, el abdomen me crecía, perdí el apetito; consulté con el médico del pueblo y con un primo de Matías Carrasco que estaba de visita el Dr. Rubén Coronil muy afamado en Caracas. El cual me sentenció porque me dijo: ese ron que tu tomas te está matando, creo que tienes una cirrosis hepática, suspendí la bebida que no era fácil, de vez en cuando me tenía que tomar otro trago para tranquilizar los temblores que me daban y además sentí que la luz se me apagaba.

Mariana me cuidaba con devoción, todo lo que necesitaba me lo traía, ella solo quería que me recuperara.

Un día tome la decisión y me fui con Mariana a la jefatura y me casé con ella, reconocí los hijos que tenía, ahora ya tenían mi apellido, Nuncio me criticó mucho que me casara, que debía dejar las cosas así. Lo que nos distanció un poco. Pero Marianita me tenía otra sorpresa, estaba embarazada de nuevo. Parió otra niña que le puse el nombre de mi madre: Catalina. Nuncio se dedicaba más a la hacienda y yo a la bodega.

Los hijos estaban todos en la escuela. Los mayores un poco más flojos, solo les interesaba la minería y la búsqueda de la sarrapia, pero lo que más les gustaba era ir al hipódromo, donde hacían apuestas, afortunadamente ganaban con frecuencia. Las más aplicadas, eran las niñas, especialmente Alsacia que ya a los 12 años había terminado la primaria, tanto era así que la contrataron como ayudante de las maestras normalistas. Catalina necesitaba algunos empujones para que estudiara.

Los viajes para la hacienda disminuyeron, porque me sentía mal, ahora José era el que iba.

En 1930, con apenas 52 años y mis hijos: José de 17 años, Julio 16, Alsacia 12 y Catalina 8. La enfermedad progresó, tenía la barriga hinchada y vómitos de sangre a repetición, me encomendé al señor, el cura me dio la extremaunción y morí.

CAPITULO IV

ALSACIA LORENA

Marianita lloraba desconsolada, había perdido a su marido, Catalina y yo abrazamos a nuestra madre. Y mis hermanos con la tristeza reflejada en el rostro, no sabían cuál sería su suerte, ya que todo en su vida dependía de su padre, no habían estudiado y no tenían trabajo. Asistieron al velorio mis padrinos, mi tío Nuncio acompañado de sus hijos Nuncito y Águeda, ésta última la más apegada a mi; mucha gente del pueblo, sus clientes y la colonia de corsos que eran

unos cuantos. Montaron la urna en el camioncito, ya que el cementerio quedaba lejos, atrás caminábamos el cortejo, con algunas flores.



ALSACIA LORENA

Permanecimos varios días como desorientados, la bodega estaba cerrada. Como a los quince días apareció Nuncio por la casa, para ver como estábamos y le entregó algo de dinero a mamá, le explicó que él se encargaría de ayudarnos, que para eso eran los hermanos; que el mensualmente nos daría algo para sobrevivir, mientras se recuperaban, que como Marianita no sabía de negocios él se encargaría de los bienes pero que para que eso funcionara tendría que firmar unos papeles, que el luego los llevaría al notario en Ciudad Bolívar. Luego de eso caso no apareció por la casa y lo primero que notamos es que la casa se había puesto en venta, así que tendríamos que salir. El hecho fue que nos quedamos sin la herencia de nuestro padre, la casa, la hacienda, ya no nos pertenecían. El único ingreso real era el que recibíamos de mi trabajo en la escuela que era muy poco.

CAPITULO V EL COMPRADO

Pero siempre hay un ángel protector, en éste caso se trataba de mi padrino, quien se había mudado para una casa más grande y nos dio la casa anterior, que quedaba en la calle Roscio. Y que pagaríamos como pudieran. Teníamos en el patio una gran mata de níspero, que parece mentira, pero en ocasiones por la venta de los frutos obteníamos algún beneficio económico.

También teníamos el apoyo de José Olivieri, que era nuestro vecino y que nos traía algunos de los productos que el cosechaba en su hato “El Corumo”, que casualmente quedaba al lado de “Las Elisás.



José, desaparecía por muchos días, decía que estaba en las minas, pero al regresar nunca traía nada a la casa, con el paso del tiempo las ausencias eran más largas, solo aparecía cuando se enfermaba, para que mamá lo cuidara, decían en el pueblo que lo que ganaba en las minas lo gastaba con mujeres. Al contrario, Julio iba a las minas y con la explotación de la sarrapia, era el que se ocupaba del gasto de la casa, realmente fue el sustituto de papá.

Con el paso del tiempo, Matias Carrasco se casó con una media hermana de Marianita: María del Rosario quien tuvo cinco hijos, la mayor Elisa que como su padre estudio odontología en la Universidad Central de Venezuela, luego Enriqueta (Rica), Josefina, Tomás y por último una niña llamada Adela. Cuando tenían que hacer alguna diligencia yo me encargaba de cuidarlos. Un día apareció José con un carro, que había comprado posiblemente con lo que ganaba en las minas, pero del solo veíamos el polvo que dejaba. Julio también compró un carro que lo llamaron: “la Taparita”, donde paseaba a las muchachas del pueblo, la verdad que mis hermanos eran bastante enamorados, cambiaban de novias como quien se cambia la ropa; me decían que hasta tenían algunos hijos regados por ahí.



Catalina estaba muy apegada a mamá, pero era muy montuna, no le gustaba ir a las fiestas y prácticamente sin amigas.

